
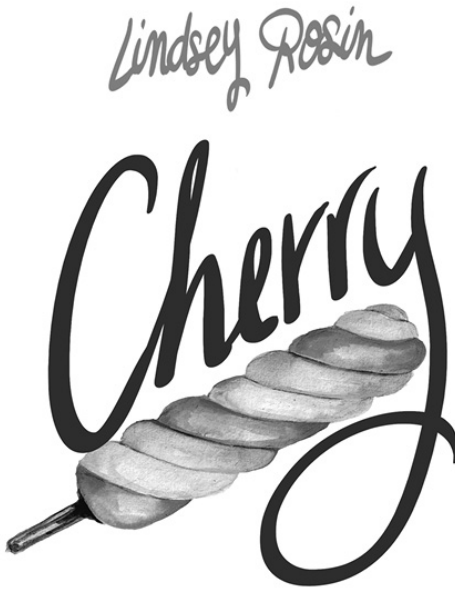


Lindsey
Rosino

Cherry



LA PRIMERA VEZ



LA PRIMERA VEZ

Traducción de Miguel Trujillo Fernández

LUNA OROJA

Para JSP

El principio...

La verdad es que el pacto sexual no siempre fue una parte del plan.

Fue Layla Baxter quien lo inició.

Lo anunció como si tal cosa al resto de las chicas (Alex, Zoe y Emma), entre cucharadas de yogur helado, como si tan solo fuera un añadido más a su enorme lista de cosas por hacer en continua evolución.

—He añadido un nuevo punto hoy —dijo mientras mezclaba otra cucharada de bolitas de chocolate con su yogur helado. Cada domingo por la tarde, exactamente a las cuatro en punto, el Grupo (tal como se solía conocer a las chicas) se encontraba en su local de yogur helado favorito, The Bigg Chill, y se apiñaban en su mesa habitual para una importante reunión de azúcar y cotilleos.

—Ah, ¿sí? —preguntó Zoe para complacer a Layla.

—Sí. Bueno. En realidad... —Layla sonrió—. He añadido *tres* nuevos puntos. Me pareció que tres era el número adecuado.

Layla se recogió el largo pelo rubio en su moño característico, que siempre era desordenado y adorable a partes iguales. Con Layla, *todo* era un «siempre». Todo tenía un orden, o un patrón, o alguna clase de significado especial. Fiel a su costumbre, siempre (*siempre*) pedía la misma combinación de yogur helado: chocolate y mantequilla de cacahuete con bolitas de chocolate en un lateral.

Zoe Reed también pedía siempre el mismo sabor: vainilla, clásica y simple. La vainilla era de verdad su sabor favorito,

pero además de eso lo cierto era que ella también tomaba la mayoría de sus decisiones vitales con la esperanza de atraer hacia sí misma la mínima atención posible. Culpaba de aquel hábito a su pelo de un rojo brillante, casi naranja. Era un cabello encrespado, seco y casi imposible de manejar, pero a menos que Zoe quisiera raparse al cero o algo así (hecho que evidentemente estaba fuera de discusión), no había gran cosa que pudiera hacer para mejorar la situación. Tenía que aguantarse con él. Con el pelo. Y el color rojo. Y el encrespamiento. Lo que significaba que *todo* lo demás en ella tenía que suavizarse como correspondía. Incluido su sabor de yogur helado: siempre vainilla.

—Lay, ¿vas a contarnos lo de tus nuevos puntos —la pinchó Alex—, o tan solo vas a ponerte en plan calentapollas?

—Alex. Yo no estoy provocando a nadie... —contraatacó Layla, juguetona.

—Pues claro que sí... —replicó ella con una sonrisita.

A diferencia de Layla o Zoe, a Alex Campbell no le gustaba el «siempre». Prefería el azar, el caos, incluso. Siempre estaba buscando algo nuevo y emocionante. Para dejar las cosas claras: nunca (*jamás*) había pedido el mismo sabor dos veces. The Bigg Chill cambiaba sus sabores todas las semanas, así que en cada nueva ocasión Alex hacía todo lo posible para probarlos todos, y al final acababa de forma inevitable con la opción más excéntrica de todas, algo como chocolate y pistacho, o tarta de queso con Oreo. Ese día era caramelo y natillas.

Cuando tenías una belleza tan natural como la de Alex, era sencillo salirte con la tuya con las elecciones más atrevidas. Tenía unos ojos azules que atravesaban el alma, la piel de un chocolate claro y unas piernas infinitamente largas. La combinación de todo aquello era, en una palabra, deslumbrante.

—Vale, vale... —dijo Layla, volviendo a retomar el hilo de sus palabras—. En algún momento entre ahora mismo, justo ahora, y aproximadamente dentro de seis meses, el día de la graduación...

—¿En serio? ¿Hola? —la interrumpió Emma—. Pensaba que no íbamos a hablar sobre eso.

—¿Sobre qué... la graduación?

—La, la, la —canturreó Emma, metiéndose los dedos en las orejas.

—Anda, venga ya —replicó Layla—. Nuestra graduación del instituto —más *la, la, las* de Emma— va a ocurrir sin importar que hablemos de ella o no.

—Sé que va a *ocurrir*, pero eso no significa que tengamos que obsesio...

—Yo no me estoy *obsesionando*... únicamente digo que es la fecha para cumplir mis nuevos puntos.

—Vale. Pero tan solo tengo una pregunta: ¿por qué tiene que ser a finales de curso?

—Parecía adecuado, y era apropiado temáticamente. Una puerta se cierra, y otra se abre.

Estaba claro que Layla ya le había dado muchas vueltas a la fecha límite. Por supuesto, ella no hacía casi nada sin darle muchas vueltas.

—No te preocupes, Em —intervino Alex—, estoy segura de que Layla añadirá más puntos a la lista pronto. Entonces habrá una nueva fecha límite de todos modos.

—¿Sabéis? Hay quien dice que el éxito significa no llegar nunca al final de tu lista de cosas por hacer —replicó Layla.

—¿Porque esa gente nunca termina nada de verdad? —sugirió Alex entre risas.

—No, porque siempre están ocupados añadiendo más cosas que hacer.

—Eso no tiene ningún sentido.

—En realidad, tiene muchísimo sentido. Y te lo agradecería sinceramente si por favor dejaras de odiar mi sistema vital.

—Solo si dejas de decir cosas superguays como «sistema vital».

—Ah, pero si te encanta...

—Layla, me encantas tú, pero no es lo mismo...

—Sí, vale —dijo Emma, interrumpiendo la familiar pelea entre Layla y Alex—. Todo eso está muy bien y tal, pero ¿podemos dejar de hablar del tema?

Emma O'Malley metió la cuchara de plástico en su yogur helado de galletas y nata para tomar un bocado demasiado

grande. El pedido semanal de Emma se encontraba normalmente a medio camino entre la peculiaridad de Alex y la simpleza de Zoe. En otras palabras, le gustaba que las cosas fueran interesantes, pero no sentía la necesidad de alejarse demasiado del *statu quo*. El «siempre» de Emma era una ración extra de fideos de colores, que pedía para que todas lo compartieran. Era especialmente considerada con esas cosas.

Sin embargo, en ese momento lo único en lo que podía pensar era en intentar *no* pensar en la graduación... y estaba fracasando.

En circunstancias normales, Emma era el miembro más tranquilo del Grupo, la chica que más acostumbraba a seguir la corriente, pero con el último curso del instituto estaba perdiendo la forma. Le gustaba cómo eran las cosas en ese momento: sus amigas, sus padres, sus clases, y su trabajo como editora de fotografía sénior del anuario del instituto. Lo cierto era que no entendía por qué tenía que cambiar nada de todo aquello.

—Vaaaaaleeee... —dijo Layla, comenzando con su anuncio otra vez—. Antes del día que Emma no nos deja nombrar, tengo que hacer lo siguiente, sin ningún orden concreto: conseguir un sobresaliente en la clase de Literatura Avanzada del señor Moore...

—Sí. Superponible —intervino Zoe.

—Hacerme mechas rubias en el pelo...

—Uf, *por fin* —aprobo Alex. Layla llevaba hablando de hacerse mechas toda la vida, casi literalmente.

—Yyyyyy... —continuó Layla, e hizo una ligera pausa para lograr efecto dramático—. Voy a acostarme con Logan.

La exclamación de Layla hizo que Zoe escupiera fideos de colores por toda la mesa. Uno de ellos, rojo y cubierto de saliva, cayó sobre la mano de Alex.

—Puaj. Venga ya, Zoe.

—Lo siento... lo siento —dijo ella, mientras se apresuraba a pasarle una servilleta—. Es que no me lo esperaba.

—¿Lo de las mechas? —preguntó Layla, juguetona.

—Lo de Logan.

Layla y Logan llevaban más de dos años juntos, así que no era del todo sorprendente que Layla estuviera lista para hacerlo... pero oír de verdad las palabras «voy a acostarme con Logan» saliendo de su boca era una sensación completamente nueva. De repente, el sexo era algo que el Grupo hacía de verdad. O, al menos, era algo que hacía Layla. O que *iba* a hacer. O algo.

—Estoy preparada —añadió Layla, decidida.

—Vaya —dijo Zoe. O a lo mejor tan solo lo había pensado. No estaba segura de si la palabra había logrado salir de verdad de entre sus labios, o si todavía estaba atascada, traqueteando en el interior de su cabeza.

—Me gusta el plan —asintió Alex—. Pero, ¿por qué no te lanzas y ya?

—Es que voy a «lanzarme». Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—No, ya lo sé, pero, ¿por qué tienes que hacerlo con una fecha límite?

—Ah. ¿Es que no me conoces?

—Sí. Lo planeas todo...

—*To-di-to*.

—Sí, pero, ¿y si esta vez tan solo te pusieras en plan «oye, Logan, te quiero dentro de mí»?

—Aydiosmío, Alex —se escandalizó Zoe, ruborizándose.

—¿Qué? Tengo la sensación de que estaría dispuesto.

—Sí, yo también la tengo... —Layla se rio—, pero no puedo decir eso y ya está...

—En realidad, por poder, sí que podrías...

—Ya sabes que la espontaneidad me provoca náuseas. Además, una fecha límite es un elemento esencial de cualquier plan bien trazado. De lo contrario, ¿qué sentido tendría tener un plan?

—Eso es justo lo que estoy tratando de decir —explicó Alex—. A lo mejor es que no *necesitas* un plan.

—Otra vez: ¡¿es que no me conoces?! —replicó Layla mientras uno de los móviles vibraba desde el montón donde se encontraban todos en mitad de la mesa—. Creo que es el mío —dijo—. Seguro que es Logan.

El Grupo había decidido (bueno, Layla lo había decidido, y las demás habían aceptado) que el domingo de yogur helado sería una zona libre de teléfonos. Las chicas dejaban los móviles sobre la mesa y la única forma en que tenían permitido comprobar los mensajes antes de levantarse era si alguna de las otras lo leía primero.

—¿Quieres que lo mire? —se ofreció Emma.

—No pasa nada —dijo Layla—. Creo que su vuelo acaba de aterrizar. Seguro que está bien.

—Más que bien. Está a punto de acostarse contigo.

—Bueno, pero no *de inmediato*...

—Cierto, porque la espontaneidad te provoca náuseas —la provocó Alex.

—Exacto.

Layla le guiñó un ojo, sabiendo muy bien que su amiga se estaba riendo de ella.

—Pero, en serio, Lay —insistió Alex, intentándolo otra vez—. La primera vez que intentes tener sexo no puedes, no sé... forzarlo. O sea... hay partes en movimiento involucradas. Partes del cuerpo.

Alex era la única miembro del Grupo que no era virgen. Tan solo lo había hecho una vez, pero seguía siendo una vez más que todas las demás de la mesa.

—Sé que vamos a tardar un tiempo en conseguirlo —aseguró Layla—. Por eso la fecha límite definitiva es dentro de seis meses... hay tiempo de sobra para averiguar cómo funciona todo.

—Así que, básicamente estás diciendo que quieres tener mucho sexo —dijo Alex con una sonrisa.

—Mucho *buen* sexo —aclaró Layla.

—Creo que se supone que puede ser bueno hasta cuando es malo —intervino Emma.

—No-o... sin duda puede ser malo —afirmó Alex.

—Vale. Pero creo que también es como la pizza: cuando es buena, está muy buena, pero cuando es mala, sigue estando buena

—dijo Emma entre risas, lo que hizo reír también a Alex y Lay-

la. Zoe se unió a ellas sin mucho entusiasmo, pero toda la conversación la estaba poniendo ansiosa.

—Yo no puedo tomar gluten —logró decir.

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Hace que sea más difícil encontrar una buena pizza.

—Zoe, es una metáfora.

—Lo sé...

La chica se metió más yogur helado de vainilla en la boca.

—Estoy pensando que Logan y yo podríamos hacerlo por primera vez el Día de San Valentín —añadió Layla con orgullo, como si fuera la primera persona en la historia del sexo premeditado en elegir el día nacional de las flores, los caramelos y las tarjetas de felicitación—. Va a ser perfecto.

—¿Siempre has sido así de cursi? —preguntó Alex, riendo.

—Yo no soy cursi...

—Seguro que también quieres pétalos de rosa y velas.

—¿Quién *no* quiere pétalos de rosa y velas?

—Yo, para empezar —dijo Emma.

—Yo, para continuar —asintió Alex.

—Vale, vale —replicó Layla, girándose hacia Alex—. No todos podemos tener tanta suerte como para perder la virginidad en una roca picadero detrás del cobertizo de los botes del Campamento Waziyatah.

—Era un saliente picadero, si no te importa.

Las amigas sabían que el chico del campamento de Alex se llamaba Cameron, que era «alto», que «estaba bueno» y que «vivía en Massachusetts», pero eso era básicamente todo. En realidad, Alex no hablaba gran cosa, sin importar cuál fuera el tema, pero desde luego no le gustaba airear su vida privada. Con bastante frecuencia, se cansaba de su chico del momento antes de que terminara su primera sesión de besuqueos.

—Vale. Un saliente picadero —se corrigió Layla—. Seguro que fue mágico.

—Sí, bueno... —Alex hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para explicar lo que había ocurrido. Sabía que «mágico» desde luego no iba a ser una de ellas—. Creo que la primera vez va a ser extraña, sin importar lo que hagas.

—Entonces, ¿estás diciendo que debería *planear* que sea extraño? —preguntó Layla, traduciendo el consejo de Alex a un idioma que pudiera comprender.

—Si tienes que hacerlo... —Alex sonrió, sabiendo muy bien que era evidente que tenía que hacerlo—. Lo único que digo es que probablemente lo más inteligente es no esperar...

—¿Un orgasmo? —sugirió Layla.

—Aydiosmío —dijo Zoe, retorciéndose en su asiento.

—Ay, Dios mío, sí, Zoe, estamos hablando de *orgasmos* —la provocó Alex.

—Me he dado cuenta, pero...

La cara de Zoe se volvió roja, y fue incapaz de terminar el resto de la frase. Todavía se estaba haciendo a la idea de que Layla iba a tener sexo, y pensar en los orgasmos de Alex, o en los orgasmos de cualquiera, o en realidad solo en el *concepto* en sí de un orgasmo era demasiado para ella en ese momento.

—Piensa que son... fuegos artificiales —dijo Layla.

—Fuegos artificiales... —repitió Alex, como probando la palabra.

—La verdad es que me encantan los fuegos artificiales —señaló Emma con una risita.

—Vale, *vale*. Muchas gracias, pero ahora os oigo a todas decir «fuegos artificiales» y suena como «orgasmo» de todos modos, así que...

—Zoe, si *de verdad* sonara como un orgasmo...

—Aydiosmío, Alex, te juro que si empiezas a gemir aquí...

Alex, Layla y Emma explotaron en otro ataque de risitas, mientras Zoe negaba con la cabeza y echaba otra cucharada de fideos de colores a su yogur helado de vainilla.

—Me gusta que estemos hablando de esto —dijo Layla cuando las risas volvieron a calmarse otra vez.

—Y a mí —asintió Emma.

—Ya somos tres —añadió Alex.

Layla, Emma y Alex se giraron hacia Zoe. Ella negó con la cabeza.

—¿Eso es un no? —preguntó Layla.

—Ya hemos establecido que estoy de un rojo brillante, y estoy bastante segura de que tengo unas manchas enormes y un sarpullido en el pecho...

—¿Esa es tu respuesta?

—No lo sé...

—Venga ya, Zoe —insistió Layla—. ¿Estamos estrechando lazos como nunca antes lo habíamos hecho, y lo único que puedes decir es un «no lo sé»?

—Estoy amando y odiando al mismo tiempo esta conversación. ¿Es una posible respuesta correcta?

—Zo, esto no es un examen —dijo Emma entre una nueva oleada de risitas.

—Vale, bueno, sea lo que sea, estoy segura al cien por cien de que estoy teniendo una relación amor-odio con todo esto —logró decir Zoe, antes de verse arrastrada por las risas de Emma. Alex y Layla también lo hicieron, y se rieron tan fuerte que no podían respirar y era totalmente imposible distinguir de quién era cada carcajada, porque todas se entremezclaban entre ellas en perfecta armonía.

Así era como funcionaba.

Layla, Zoe, Alex y Emma habían sido un cuarteto inseparable desde aquel día en que el destino las unió al azar en el mismo pupitre de la clase de primer curso de la señorita Morgan. Habían pasado ya muchos años desde entonces, pero seguían tan unidas como siempre.

—La mayoría de la gente no tiene tanta suerte —señaló Layla, como siempre.

—Ni de cerca —respondieron Alex, Emma y Zoe.

Entonces, Layla echó otra cucharada de bolitas de chocolate a su yogur helado, y un pensamiento completamente nuevo apareció en su cerebro. Zoe fue la primera en ver cómo se le iluminaba la cara.

—Oh, no —dijo al darse cuenta.

—¿Cómo que «oh, no»? —preguntó Layla, riendo.

—Te estoy viendo, Layla. Estoy viendo todos los engranajes de tu bonita cabecita dando vueltas como locos. Como esa vez que decidiste que debíamos cubrir de papel higiénico la

casa de Xander Murphy. O la noche que nos obligaste a nadar desnudas en Zuma...

—Oye, yo no os he *obligado* a hacer nada...

—Layla —insistió Zoe, secándose las manos húmedas en los vaqueros—, sé lo que significa esa cara...

—¿Que suelo tener buenas ideas? —sugirió Layla, que estaba encantada con todo en aquel momento.

—Espera, ¿qué es una buena idea? —preguntó Emma.

—Eso, ¿de qué estáis hablando? —insistió Alex—. A diferencia de Zoe, yo no tengo poderes psíquicos.

—Layla piensa que *todas* deberíamos tener sexo —respondió Zoe abruptamente.

—¿Juntas? —dijo Alex, riendo.

—Aydiosmío, no —chilló Zoe, demasiado nerviosa, incómoda y llena de manchas como para plantearse siquiera esa clase de broma.

—Esperad. ¿Y si lo hacemos de verdad? —preguntó Layla, emocionándose mucho—. Juro que no estaba pensando en eso cuando me senté esta tarde a escribir los puntos, pero ahora que oigo a Zoe diciéndolo en voz alta...

—Por favor, no me eches la culpa a mí...

—Zoe. Aquí no hay culpa alguna. Esto es brillante.

—Espera. ¿Lo dices en serio? —dijo Emma.

—Sí. Deberíamos tener sexo *todas*. Antes de la graduación.

Emma negó con la cabeza al oír la palabra que empezaba por G.

—Creo que nos estamos olvidando de que Alex ya ha tenido sexo —señaló Zoe, como si eso hiciera de algún modo que fuera imposible o innecesario que las demás también lo hicieran.

—Sí, pero todavía no ha tenido *buen* sexo... No te ofendas.

—Vale, pero *no* —insistió Zoe, todavía enfrentándose a la idea—. Tú tienes novio. Alex siempre tiene un millón de opciones. Emma es adorable. Y después aquí estoy yo, con mi pelo encrespado, y mis pecas, y mis mejillas siempre rojas. ¡No me quitaron el aparato de los dientes hasta hace dos semanas!

—Por suerte, estar sin aparato incrementa exponencialmente tu atractivo —la provocó Alex.

—No. Nadie me mira y piensa en querer tener sexo.

—Eso no es cierto —aseguró Alex—. Yo podría estar pensando en ello ahora mismo...

—Sí, sí... —replicó Zoe, negando otra vez con la cabeza.

—Zoe —dijo Layla—, si quisieras, tú podrías tener sexo sin problemas.

—¡Claro que quiero! —Zoe tardó un momento en darse cuenta de que esas tres palabritas habían salido de verdad de su boca al aire lleno de azúcar del Bigg Chill. Ahora las palabras estaban reverberando en las máquinas de yogur congelado, en la pared de escaparates de cristal, y en todas las mesas, los *toppings* de los yogures y la gente que había en medio—. Aydiosmío...

—Aaaay, Dios mío, ¡sí! —replicó Layla con voz cantarina.

—No. Para. Basta de sonrisas... —le pidió Zoe—. Lo que quiero decir es que...

—Lo que *quieres decir* es que quieres tener sexo... —señaló Alex de inmediato.

—No...

—¿No querrás decir que sí? —se unió Emma—. Estoy segura de que te he oído decir que sí.

—No, de verdad que no. Lo que quiero decir es que no tengo muchas opciones precisamente.

—Eso es falso —aseguró Emma.

—Si quieres tener sexo, puedes encontrar una forma de tener sexo —insistió Layla.

—Lo último que quiero hacer es «encontrar una forma». No voy a acostarme con un tío cualquiera ni a bajar el nivel solo porque Layla haya tenido una idea estúpida...

—No es una idea estúpida. De hecho, creo que el pacto sexual podría ser la mejor idea que haya tenido jamás.

—¿Pacto sexual? ¿Desde cuándo hay un pacto sexual?

Zoe estaba flipando oficialmente.

—Bueno, ahora que hemos dejado claro que todas queremos tener sexo...

—Buen sexo —la corrigió Alex.

—Ay, pues claro. Ahora que hemos dejado claro que todas queremos tener buen sexo, creo que todas deberíamos tenerlo.

—Yo me apunto —respondió Emma entre risas.

—Desde luego —asintió Alex.

—Aydiosmío... —dijo Zoe, ruborizándose.

—¿Eso es un sí? —preguntó Layla. Zoe no se lo podía creer del todo, pero lo cierto era que se trataba de un sí—. Está *ocurrien-do* —declaró Layla, triunfal—. Creo que el primer paso es lanzar la intención al universo. —A Layla le encantaban las instrucciones paso a paso casi tanto como le encantaban sus listas y sus fechas límite—. Antes de que acabe el instituto, vamos a hacer esto juntas.

—Pero no *juntas*, *juntas* —se burló Alex.

—Cierto. Vamos a hacerlo... de forma simultánea. Con la persona adecuada, en el lugar adecuado y en el momento adecuado... —Alex y Emma asintieron firmemente con la cabeza, mostrando que estaban de acuerdo. Zoe logró inclinar la cabeza un poco hacia delante, cosa que era más que suficiente para Layla—. ¡Vamos a tener sexo! —exclamó.

Y así fue.

Un yogur helado más tarde, el sexo ya no era tan solo una fantasía diurna, ni un sueño húmedo, ni un cotilleo jugoso que le ocurría a otra persona.

De repente, era algo que las chicas hacían de verdad, algo que todas querían hacer (e iban a hacerlo, *juntas*), antes de graduarse en el instituto.